CAPÍTULO XXXIII. *De la muerte de el emperador Xolotl y de la amonestación y plática que hizo a su hijo Nopaltzin a quien dejaba en la herencia y sucesión de su imperio*

A HEMOS VISTO por las palabras últimas del capítulo pasado, cómo Xolotl fue a Tenayuca a tratar el castigo de la traición; pero como en las cosas humanas jamás hay seguridad habiendo contradición divina, no llegó a debida ejecución su determinación y propósito por razón de que luego que llegó a su casa adoleció de la enfermedad de la muerte; y como conoció que se moría (olvidado de la venganza y enojo que contra los traidores tenía) hizo llamar a su hijo Nopaltzin y a sus dos hijas y a Aculhua, su yerno (que todavía vivía), y mostrando en el fin las veras con que en vida los había querido y amado, les dijo las palabras siguientes: amados hijos míos, yo me hallo muy malo y según me siento ya es llegada mi muerte y no es maravilla, pues cuando la enfermedad no fuera tan grave, mi mucha vejez bastará para desconfiar de mi vida; y pues muero, dejando hijos y tales como vosotros, os ruego muy encarecidamente que conservéis la paz entre vosotros, que con ella seréis señores de los corazones de vuestros vasallos. Y vuelto a Nopaltzin, su hijo, le dijo: hijo mío y sucesor en mi estado tan digno del imperio por vuestro valor, como por derecho y razón de ser mi hijo, como a cabeza de él os ruego que toméis el cuidado de gobernarlo con la discreción y prudencia que de vos confío, mostrando en todo valor, preciandoos siempre de parecer a los nobles señores y reyes vuestros pasados, pues no es vuestra sangre menos noble que la suya, si por culpas proprias no la envilecéis y hacéis cobarde. Amad a vuestros hermanos; acariciad a los señores y vasallos; sed apacible y grave con todos que con estas cosas os conservaréis y podréis contar muchos años de vida, que son los que os deseo. Comenzaron tras estas palabras todos a llorar y entre sus lágrimas y suspiros expiró el gran padre Xolotl, habiendo vivido pocos menos de docientos años; habiendo gozado en ellos el gusto de haber visto tan multiplicadas sus gentes, tan extendidos sus pueblos y ampliadas sus provincias. Y viendo juntamente en tan larga edad la multiplicación de sus deudos, hijos, nietos y bisnietos, hasta la tercera y cuarta generación, todos honrados y tenidos, que es una de las bienaventuranzas humanas. Murió (pues) el bien afortunado viejo, en los postreros años de su senectud, cuya muerte fue muy sentida en el reino como (al fin) de hombre, que tantos años los había regido y traído a tan buena y fértil tierra.